



..... Y BOLIVIA PARA LOS ALEMANES

AMALIA BARRON

Después de haber ocupado las primeras páginas de las publicaciones de todo el mundo, el «affaire» Altmann-Barbie parece estar olvidado. El jefe de la Gestapo en Lyon durante la última guerra, torturador de tantos resistentes franceses y en particular del primero de ellos, Jean Moulin, ha escapado a toda persecución refugiándose en Bolivia, y el Gobierno del coronel Banzer ha rechazado la petición oficial de extradición formulada por el Gobierno francés. ¿Con qué complicidades cuenta Altmann?, nos preguntábamos todos entonces. Miembro de la CIA, jefe de una red de refugiados nazis en América Latina —al servicio de los americanos—, traficante de joyas, etcétera. Sin que eso haya dejado de influir para su actual impunidad —al contrario, todo está ligado—, la verdadera razón reside en que la colonia alemana —de la que Altmann es un miembro importante— ha tomado el poder en Bolivia. Los mismos industriales y terratenientes alemanes lo han declarado públicamente ante las cámaras de la Televisión Alemana: cómo prepararon el golpe de Banzer proporcionándole armas, ocultándole y sobornando a los militares. Con estos elementos y revelándonos otros hasta ahora desconocidos, Amalia Barrón nos descubre un aspecto desgraciadamente original del cambio político número 148 que sufre el pueblo boliviano desde su «liberación» por Simón Bolívar, hace ciento cincuenta años.

... Y BOLIVIA, PARA LOS ALEMANES

Al descubrirse la verdadera identidad de Klaus Altman, como primera medida de seguridad, el viejo jefe de la Gestapo de Lyon se refugió en la villa limeña de su amigo Federico Schwendt, también antiguo SS evadido bajo el nombre de Wenceslas Turi y conocido actualmente como uno de los principales agentes de la CIA en el Perú.

Se trasladó luego a Bolivia, donde tenía razones para saber que estaría aún más protegido. Por segunda vez, la Agencia Central de Inteligencia de los Estados Unidos le colocaba en La Paz, a buen recaudo de la justicia francesa.

Después de la guerra, Klaus Barbie vivió sin problemas en Stadtbergen, la Alemania de ocupación americana, desde donde se le facilitó su llegada a Bolivia tras solucionar un problema por robo de joyas, en el que estaba implicado.

Entre 1946 y 1950 fue agente de la CIA en Alemania Occidental. Nada prueba que un día hubiera dejado de serlo, sino todo lo contrario, como hacen suponer los hechos.

El diario derechista «L'Aurore», de París, se preguntaba, «¿Quién protege a Barbie?», y adelantaba ya el 15 de febrero: «Bolivia no dará la extradición. Por una razón muy simple. Que Barbie goza allí del favor de los medios oficiales, es un hombre importante que ha hecho grandes favores a los notables del país. Incluso puede decirse que ha jugado un rol político oculto, tal vez en el seno mismo de los servicios secretos bolivianos». Y luego: «Un solo país podría ejercer sobre La Paz una presión suficiente para provocar la extradición de Barbie, son los Estados Unidos».

En Bolivia es tradicionalmente sabido que los servicios secretos del país estuvieron no sólo infiltrados, sino abiertamente dirigidos por agentes de la CIA. Esta relación entre los dos servicios ha sido objeto de innumerables denuncias. La más sonada de ellas fue la del ex ministro boliviano del Interior, Antonio Arguedas, que declaró que él también había pertenecido a la agencia norteamericana y luego, en un acto de «arrepentimiento», entregó el diario del «Che» a Fidel Castro y llevó personalmente las manos del guerrillero a La Habana.

Historias de espionaje

El tema «la CIA en Bolivia» ha dado material para artículos y libros que concluyen en que el país andino reúne una desproporcionada cantidad de espías norteamericanos, cuyo rastro marcan buen número de muertes misteriosas e historias macabras.

«L'Aurore» hace referencia al dossier de Barbie en Munich, en el

que está consignado el extraño asesinato del cónsul boliviano en Hamburgo, Roberto Quintanilla, cometido exactamente hace un año por una mujer que perdió la peluca al escapar por las escaleras y de quien no volvió a saberse nunca. Esto sucedía cuando la justicia boliviana llamaba a Quintanilla para interrogarle sobre la muerte del Presidente Barrientos, en un «accidente» nada claro.

Una coincidencia: Klaus Altman se encontraba en esos momentos en viaje de negocios en Alemania. Se ocupó de la incineración del cadáver y las cenizas fueron enviadas por su hijo Klaus Georg a la viuda. ¿Colega, o simplemente amigos?

El cónsul, Quintanilla, fue oficialmente jefe de la Sección de Inteligencia del Ministerio boliviano del Interior, y extraoficialmente se comentaba su calidad de agente norteamericano.

Este histórico cónsul-agente, que gustaba de reunir a la prensa para presentarle los cadáveres de sus víctimas de represión y fotografiarse junto a ellos —lo hizo con el «Che» Guevara, Inti Peredo y otros guerrilleros—, no demostraba, sin embargo, igual eficacia en sus investigaciones para otro tipo de casos.

Fue acusado de desviar las investigaciones referentes al asesinato de dos periodistas que

habían obtenido documentos reveladores de un millonario contrabando de armas para Israel, que complicaba, entre otros, a dos ex Presidentes: Barrientos y Ovando.

Y aquí aparece otra vez Klaus Altman. El contrabando se habría realizado a través de la empresa Transmarítima Boliviana, dirigida por el alemán.

El escándalo saltó a raíz de las declaraciones de otro alemán, Richar Heber, quien confesó que había sido miembro de algunos servicios secretos europeos. En suma, y como ya es habitual en este país: un juego de intereses extranjeros con muertos bolivianos.

Además de estas correrías secretas, Altman-Barbie continuó dando golpes del tipo del de las joyas de Stadtbergen.

Barrientos gobernaba reprimiendo estudiantes y matando mineros, pero sabía sostenerse gracias a su habilidad para desviar la atención pública. Aprovechando el sentimiento de frustración que padece el pueblo boliviano desde finales del siglo pasado, por falta de una salida al mar, se inició una campaña que enardeció el patriotismo, y en una colecta para comprar «un barco para Bolivia» se reunieron cuatro millones de dólares. La cifra es importante si se piensa en un país

donde el ingreso por persona es 180 dólares anuales. Pero el pueblo no vio el fruto de su sacrificio. El dinero desapareció en manos de Altman y los militares de la Fuerza Naval.

Transmarítima Boliviana continuó el engaño por un tiempo más, so pretexto de «hacer ondear la bandera boliviana en los mares de la Tierra». Pero nunca contó con una embarcación, y ahora la compañía de Barbie presenta una deuda de 750.000 dólares.

«Nosotros sobornamos...»

«Klaus Barbie, el torturador de Lyon, no es elemento discordante en el seno del Gobierno del coronel Banzer. Existen entre ellos los lazos ideológicos y económicos estrechos», manifiesta el Comité Boliviano Antifascista.

Si quedaba duda en Francia de por qué el Gobierno boliviano protegió tan decididamente al jefe de la Gestapo de Lyon, los alemanes han dado una respuesta.

«... se rumorea que Altman, alias Barbie, tendría influyentes amigos en Bolivia, quienes obstaculizan su extradición a las autoridades francesas», decía un comentarista de la Televisión Alemana al presentar un reportaje de Stoffregen-Buller.

Mediante una serie de entrevistas se prueba en él la participación de la colonia germano-occidental en el golpe de inspiración nazi-fascista que llevó a la Presidencia al coronel Banzer.

Los alemanes en Bolivia son un clan. Como ninguna otra colonia, tienen en La Paz su restaurante, club social, club deportivo, colegio, clínica y hasta cementerios privados. Hugo Banzer es un descendiente de alemanes.

El industrial alemán Gasser, uno de los mayores capitalistas del país, que dirigió la acción alemana en favor de los golpistas de agosto pasado, confirmó estas suposiciones. Ahora declara orgulloso a la televisión de su país:

—Puedo afirmar que todos los alemanes han colaborado, unos más, otros menos, pero todos colaboraron.

—¿Qué hicieron concretamente? —pregunta el periodista.

—Lo que se podía hacer: recolectar dinero, comprar armas, ametralladoras, fusiles, esconder al coronel Banzer y a otros políticos destacados para sustraerlos a la persecución de la Policía.

Y cuando le preguntan si conocía personalmente a Banzer responde: «El año pasado él vino a Bolivia desde Argentina para organizar la revolución, y entonces le conocí de cerca, pues desde junio hasta agosto trabajé estrechamente con él».

Habla Gasser para los telespectadores alemanes: «Costó mucho

El coronel
Hugo Banzer Suárez
desciende
de alemanes,
y la colonia alemana
en Bolivia
le ayudó
decisivamente
a llegar al poder.



Roberto Quintanilla Pereira,
cónsul general de Bolivia
en Hamburgo,
asesinado hace un año
por una mujer
que perdió la peluca
al escapar por las escaleras
y de quien no ha vuelto
a saberse nada.



tiempo y mucho dinero sobornar a tantos oficiales».

Esta no fue una operación original, ni los alemanes tuvieron la exclusiva. Durante los días que rodearon al golpe, hubo un buen mercado de militares.

El mayor Rubén Sánchez —único leal a Torres— manifestó unos días después: «Es difícil saber cuánto dinero han metido los Estados Unidos en las Fuerzas Armadas para comprar el alzamiento».

A la par que se realizaban los preparativos, al parecer se regateaban las ofertas, hasta que llegado el momento cada división fue rindiéndose a su precio.

Los alemanes esta vez tenían además la garantía de una operación semejante realizada por su propio Gobierno y que el general Reque Terán, ex comandante en jefe de las Fuerzas Armadas, acaba de sacar a luz, refugiado en Argentina, después de una reciente disputa con sus colegas.

Durante el Gobierno de Ovario, el Ejército de Liberación Nacional secuestró a dos técnicos alemanes y exigió a cambio la libertad de diez de sus miembros. El canje se realizó en los términos exigidos públicamente por el ELN.

Sin embargo, al margen de ello, los militares exigieron y recibieron del Gobierno de Bonn 230.000 dólares. Llámese rescate, chantaje o propina. La Embajada alemana guardó su soborno en celoso secreto.

Pero volvamos al reportaje de la Televisión Alemana:

Otro de la «colonia», Kyllman, uno de los más destacados cafeteros y dueño de una de las empresas importadoras más grandes del país confirmó su compromiso con Banzer, y los contactos que tomó con militares opositores a través del soborno.

Compitiendo con Gasser, que hablaba en nombre de los alemanes de Santa Cruz, Kyllman responde a Stoffregen-Buller:

«La colonia alemana en La Paz ha ayudado también al actual Gobierno de Banzer cuando éste estaba en la clandestinidad». Y añade: «Lo hizo en forma moral y también comprometiéndose en los hechos».

Subdesarrollo

Sigue el comentario del periodista: «La pequeña capa de más o menos 4.000 germano-bolivianos ha logrado su objetivo. Ciertamente con sacrificios financieros. La colonia alemana de Santa Cruz había contribuido con 20.000 dólares y la de Cochabamba con 10.000. Se desconoce el monto en La Paz».

Esto decía el comentarista mientras mostraba escenas del subdesarrollo boliviano: «Sere-



Klaus Altmann-Klaus Barbie,
jefe de la Gestapo en Lyon durante la guerra.
Agente de la CIA en Alemania Occidental de 1946 a 1950.

mos un ejemplo para toda América Latina —anunciaba Simón Bolívar, el héroe de la Independencia, hace ciento cincuenta años—. Pero Bolivia se convirtió en el país más pobre del continente, y con ello en un polvorín político. Ciento cuarenta y ocho cambios de mando en ciento cincuenta años. Bolivia siguió siendo un país de explotación colonial. A los conquistadores españoles les sucedieron los barones ingleses y norteamericanos, que explotaban el estaño, y después de la primera guerra mundial se constituyó una nueva oligarquía: los alemanes. Doce familias alemanas o de origen alemán dominan hoy el sesenta por ciento de la economía boliviana. Como empresarios y ganaderos, son ellos hoy los verdaderos señores del país».

«El Gobierno del general Torres, derrocado en agosto del año

pasado quiso romper el poderío de esa minoría».

Salta luego a la pantalla un propietario de 130.000 hectáreas de terreno:

—El último Gobierno quería colectivizar toda la ganadería del Beni, bajo la dirección de la Universidad, es decir, entregarles a los campesinos y a nuestros propios arrieros y peones —se escandalizaba ante las cámaras Ernst Bauer.

En el oriente boliviano no hay términos medios. O se es rico o no se tiene nada. Los afortunados viven en cómodas haciendas, se comunican por radio y se visitan en avión. Los otros son servidores.

Hasta hace menos de una década —y son declaraciones tomadas de los propios aborígenes— los señoritos orientales gustaban del deporte de la «caza del bárbaro». A pesar de que la selva rebosaba

animales. A pesar de que las tribus selvícolas escapaban de los blancos como del mismo diablo.

Esta es una noticia de la agencia Prensa Latina, fechada en La Paz: «Una penosa marcha provocada por la ruina y el hambre iniciaron hacia Brasil y Perú centenares de familias campesinas del departamento de Pando (límite del Beni), en el Nordeste boliviano, huyendo de las epidemias, las hambrunas y la crisis económica, que se cierne sobre esa desamparada región a raíz de graves inundaciones».

Stoffregen-Buller dice: «La dictadura militar de Hugo Banzer ha restablecido la tranquilidad y el antiguo orden. El predominio de los alemanes en Bolivia ya no está en peligro. El nuevo Presidente ha desconocido el plan de su antecesor, el reformista Juan José Torres, de redistribuir las tierras cultivables. El nuevo Presidente no tiene la intención de devolver la tierra a la mayoría explotada del país: los indios».

Y mientras muestra las industrias florecientes de los germanos señala: «Valía la pena que los empresarios alemanes formasen la resistencia contra la amenazante expropiación por el Gobierno de Torres. Las acciones de la colonia alemana fueron dirigidas por la familia Gasser. Dos hermanos, a quienes les pertenecen el mayor ingenio azucarero y una hacienda con veinte mil cabezas de ganado».

Finaliza el periodista con este dato: «Nadie sabe cuántas personas murieron durante la revuelta. La cifra de los estudiantes y obreros fusilados después del triunfo de los coroneles oscila entre cien y mil. Esos estudiantes y obreros se habían defendido contra las unidades especiales magníficamente dotadas de armamento. Los alemanes de Bolivia jugaron su última carta el veintinueve de agosto. Durante los combates estuvieron abiertamente al lado de la violencia. Incluso la clínica alemana de La Paz, que se financia con dinero de la República Federal, permaneció cerrada por orden de los conspiradores, a pesar de que en las calles se desangraban los heridos».

«Los nuevos Führer del país están agradecidos para con sus colaboradores. La influencia y la seguridad de la élite alemana de Bolivia están garantizadas, pero solamente hasta el próximo golpe».

Pero entre tanto, la represión en Bolivia se realiza por tres frentes: el Ejército (varios cuarteles están convertidos en campos de concentración), la Policía y las organizaciones para-policiales como el «escuadrón de la muerte», copia del brasileño, y cuya firma consiste en desfigurar el rostro de su víctima a base de ráfagas de ametralladora. ■ A. B.